

## INTEMPERANCIA.

*Nolite solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur?*

No os acongojeis diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos?

(MATTH. VI, 31.)

Tal era, hermanos míos, la confianza que Jesucristo pedía á sus discípulos; confianza, que debía entenderse hasta el punto, de no tener ninguna inquietud por la satisfacción de las necesidades de la vida, dejando en manos de la Providencia el cuidado de proveer á ellas. No andéis acongojados, les decía el divino Maestro, pensando con qué os alimentareis ó vestireis: mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni allegan en graneros. Vuestro Padre celestial las alimenta; y, por ventura ¿no valeis vosotros más que ellas? Dejad que los gentiles se afanen por estas cosas; vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas: buscad primeramente el reino de Dios, y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. ¡Oh! ¡qué dichosos serían los hombres, hermanos míos, si siguieran estas máximas! si tan atentos á la salvación de sus almas como á las necesidades de sus cuerpos, descansáran en la Providencia, por lo que toca á su cotidiano alimento! Mas ¡ay! que muchos de ellos, al paso que se muestran muy solícitos del bienestar de su cuerpo, parecen tan olvidados de los intereses de su alma, como si no la tuvieran! Cual si no estuvieran en el mundo más que para alimentar el cuerpo, solo por él se desviven: viles esclavos de su sensualidad, preguntan á todas horas: ¿Quién nos dará de comer y de beber? Semejantes á los seres irracionales, viven, sin pensar en el fin para que Dios los ha criado.

Ya comprendéis, hermanos míos, de quienes hablo: hablo de aquellos hombres sensuales é intemperantes, que abusan de los bienes que Dios nos ha dado para nuestro sustento, no sirviéndose de ellos más que para ofenderle con los mayores excesos. Procuremos, pues, darles á conocer su pecado y su desgracia, demostrándoles,

cuán opuesto es ese vicio á la razón y á la religión. A este fin, dividiré el presente discurso en dos puntos: 1.º El hombre intemperante abdica de su razón.—2.º Por consiguiente, no tiene religión. A. M.

1. El vicio que hoy me propongo combatir, hermanos míos, se da fácilmente á conocer en los que lo padecen, por los caracteres que lo distinguen. La intemperancia consiste, en el uso inmoderado de las cosas necesarias para el sustento del cuerpo. Este exceso puede consistir en la cantidad ó en la calidad de los alimentos, ó en la manera de tomarlos: hay exceso en la cantidad, cuando se toman más de los necesarios; hay exceso en la calidad, cuando se apetecen los manjares prohibidos ó exquisitos; hay exceso en el modo, cuando se come con avidez y fuera de tiempo. Verdad es, que no siempre se encuentran todos estos excesos reunidos en unas mismas personas, porque, no todos pueden satisfacer de igual manera su apetito; pero, son tan propensos los hombres á traspasar los límites de la sobriedad, que hay pocos estados sociales en que no se note, más ó ménos, este defecto. El exceso que voy á combatir en esta primera reflexión, es el que se refiere á la cantidad, por ser el que más directamente se opone á la recta razón. Esta nos aconseja, que evitemos todo lo que puede alterar en nosotros la salud, la fortuna y la razón misma, esa noble facultad, que nos distingue de los irracionales: y siendo este desorden una consecuencia necesaria de la intemperancia, síguese de aquí, que ésta es indigna de todo hombre sensato.

Prescindiendo de las muertes repentinas producidas por la intemperancia, y de las cuales quizás vosotros mismos habéis presenciado algunas; ¿de qué proceden la mayor parte de las enfermedades, que llevan á los hombres al sepulcro, sinó de los abusos que cometen en el comer y beber? El estómago, sobrecargado de alimento, no puede digerirlo; y de ahí, la abundancia de malos humores que se derraman por el cuerpo, trastornan la economía y arruinan la salud del individuo. El vino, cuando se bebe con exceso, irrita la bilis, enardece la sangre, debilita los nervios y anticipa la vejez. ¿A cuántas personas, no vemos enfermar, de resultas de haber comido ó bebido desordenadamente? En vano, pues, hombres sensuales é intemperantes, tratáis de atribuir á causas extrañas el origen de vuestros achaques: vosotros, vosotros mismos sois la causa de todos ellos, toda vez, que, con vuestros continuos desórdenes, os habeis acarreado las fiebres ardientes que os devoran, los crueles dolores que os atormentan, las enfermedades que acibaran y aniquilan por momentos vuestra vida. Esos desórdenes son también causa de la miseria á que os

veis reducidos: porque ¡harto lo sabeis ahora! otro de los efectos de la intemperancia es la ruina de sus víctimas.

Pocas palabras bastarán, hermanos míos, para demostraros una verdad, que veis confirmada con repetidos ejemplos. ¿Cuántas familias no vemos arruinadas por la disolucion? ¿Cuántos padres de familia vemos, que, entregados á ese funesto vicio, abandonan el trabajo, descuidan los negocios domésticos, contraen compromisos imposibles de cumplir, y sacrifican de esta manera para siempre su propia dicha y la de sus infelices hijos? Desde el momento que un hombre se entrega á la disolucion, ya no es dueño de sí mismo: fomentad su pasión, y hareis de él todo cuanto queráis. ¿A cuántos artesanos no vemos malgastar en un día, la ganancia de toda una semana, condenándose despues por muchos días á la más horrorosa miseria? ¿Si á lo ménos fuesen ellos solos las víctimas de su ciega imprevisión! Pero, por desgracia, no siempre sucede así, pues, con harta frecuencia, arrastran en su ruina á otros inocentes. Una pobre mujer espera con ansia el fruto del trabajo de su esposo, para reparar sus fuerzas debilitadas por las fatigas domésticas; mas, ese hombre cruel, se muestra insensible á sus necesidades y á sus lágrimas. En vano la infeliz esposa le pone á la vista una numerosa familia, que, postrada á sus piés, le pide con gritos y sollozos que conserve su propia obra, y la arranque de los brazos de la muerte, dándole el alimento comun á todos los hombres: este espectáculo, capaz de ablandar las rocas, no hace mella en el corazón de aquel padre desnaturalizado, atento solo á la voz de su pasión, para satisfacer la cual, no duda en sumergir á una madre tierna y á unos hijos sin ventura en los horrores del hambre y de la desesperación. Mas, esto, si bien se considera, no es muy extraño, porque, como he dicho, la intemperancia extravía la razón del hombre.

Con efecto; la razón nos dicta, que no debemos servirnos de los alimentos sinó como de un medio necesario para conservar las fuerzas y la vida. Pero, el gloton y el bebedor no viven más que para comer y beber: todos sus pensamientos, deseos y proyectos se concretan á este objeto. Apenas acaban de saciar su apetito, cuando ya anhelan y buscan nuevas ocasiones de satisfacerlo. Comen y beben, no solo hasta la saciedad, sinó hasta el punto de no poder soportar la cantidad de alimento y bebida que han tomado; llegando, de esta manera, á un grado de torpeza y envilecimiento inferior al de los mismos brutos, los cuales no comen ni beben más de lo necesario, y son, por lo mismo, incapaces de cometer los excesos á que se entrega el hombre disoluto. ¿Quién diría, pues, que éste es un sér dotado de razón? La razón debe dominar los sentidos y apetitos del hombre; mas, lo con-

trario sucede en el intemperante, en quien los sentidos y los apetitos esclavizan la razón. Miradle, y en su solo continente observareis ya esta horrible subversion de los nobles principios grabados por Dios en el entendimiento y en el corazón humanos. Con el cabello desordenado, los ojos azorados, el semblante lívido, la lengua torpe, la mente confusa y las piernas vacilantes, camina á la ventura sin saber á donde va, cayendo á cada paso, sin poder levantarse á veces, expuesto á los mayores peligros, y quizás á una muerte segura, si no fuera por los auxilios de alguna persona benéfica. ¡Qué hombre! ¡qué monstruo! su sola vista causa horror.

Seguid al intemperante á su hogar doméstico, y vereis qué otro espectáculo os ofrece. Nunca se le ve alegre y placentero; ántes al contrario, la hipocondría y el mal humor parecen constituir el estado habitual de su espíritu. Por la menor cosa se irrita y enfurece, y con gritos y amenazas aturde á su familia, que huye de él, como de una fiera incapaz de oír la voz de la razón. Sus continuos excesos le reducen, por último, á un estado de embrutecimiento, que le impide dedicarse á cosa alguna de provecho, y le convierte en una especie de irracional. ¿Qué mucho, pues, que los demás hombres le miren con horror y se aparten de él?

Huid, hermanos míos, huid de la compañía de esos hombres, que no saben comer ni beber con moderación. Considerad, que si alguna vez la decencia os obliga á alternar con ellos, por otra parte, esta misma decencia os prohíbe cometer unos excesos, que os degradan á los ojos de Dios y de vuestros propios semejantes.

2. De cualquier modo que se considere el vicio de la intemperancia, ya sea que se atienda la cantidad ó la calidad del alimento, ó á la manera de tomarlo, es evidente, que se opone al espíritu del cristianismo, por cuanto priva al hombre de la gracia de Dios, destruye las virtudes cristianas, y pone en gran peligro la salvación del alma, por la dificultad de corregirse de él: tres circunstancias, que han de inspirar á todo cristiano la mayor aversión á este pecado.

Un pecado, mortal por naturaleza y origen de otros muchos pecados, es incompatible con la gracia de Dios. Pues tal es, hermanos míos, el pecado de la intemperancia. Para conocer si un pecado es mortal por naturaleza, veamos de qué manera lo castiga Dios en este mundo; y aplicando en seguida esta regla al pecado de la intemperancia, nos convenceremos de su gravedad. ¿No es este pecado el que causó la ruina de nuestros primeros padres, que fueron echados del paraíso terrenal por haber comido el fruto prohibido? Por esta infracción de los divinos preceptos, fué Adán condenado, con toda su poste-

ridad, á la muerte y á las demás calamidades que afligen al género humano. Más adelante, el pueblo de Israel incurrió tambien en la justa cólera de Dios por causa de su intemperancia; pues, disgustado del sabrosísimo maná que Dios le enviaba en el desierto, quiso comer carne de los animales de la tierra y de las aves del cielo. Verdad es, que satisfizo su desordenado apetito; mas, ¿sabeis qué sucedió? Todavía estaba aquel manjar en su boca, cuando estalló sobre él la cólera de Dios: *Adhuc escæ eorum erant in ore ipsorum: et ira Dei ascendit super eos* (PSALM. LXXVII). Pero, mucho más terribles son los castigos que Dios prepara en la otra vida á los intemperantes; porque, como nos lo asegura el Apóstol, los que se entregan al vicio de la gula, no alcanzarán el reino de Dios: *Qui talia agunt, regnum Dei non consequentur* (EPHES. v).

Para hacer más sensible esta verdad, veamos cuál es la conducta del intemperante, por lo que toca á su salvacion eterna. ¡Qué de pecados no comete á impulsos de su funesta pasion! Pecados contra Dios, contra el prójimo y contra sí mismo. Peca contra Dios, ultrajándole de mil maneras; porque, como dice el Apóstol, el intemperante no tiene más Dios que su vientre, ni piensa más que en satisfacerlo, y todos sus pensamientos y acciones se dirigen á este objeto. De aquí es, que vive en un completo olvido de Dios; que no frecuenta los sacramentos, ni ora, ni practica acto alguno de devocion. En los domingos y fiestas de guardar, todas sus devociones se reducen, cuando más, á oír con distraccion, y como por fuerza, la misa más corta que puede hallar, saliendo en seguida de la iglesia para dedicar el resto del día á los goces sensuales. Si alguna vez oye la divina palabra, es por pura curiosidad, y con miras del todo profanas, por lo que ningun fruto saca de la predicacion. Y á estos pecados de omision contra Dios, ¡cuántos otros pecados de comision no agrega el intemperante! ¡cuántas blasfemias, cuántos impíos discursos, qué desprecio para con las cosas más respetables y santas!

¿Y qué diremos de los pecados que el intemperante comete contra el prójimo? No hay violencia ni exceso á que no le arrastre su fatal pasion: injuria á éste, ofende á aquél, provoca á unos, maltrata á otros, escandaliza á todos. ¡Qué de crímenes no se han cometido, cuánta sangre no se ha derramado por efecto de la embriaguez! La historia, desde muy antiguo, nos lo demuestra con repetidos ejemplos.

Veamos ahora los pecados que el intemperante comete contra sí mismo. No hay obscenidad ni torpeza á que no se entregue. Su entendimiento está lleno de pensamientos deshonestos; su corazon solo anhela placeres sensuales; su boca, semejante á un sepulcro hedion-

do, no exhala más que olores fétidos, pues, como tales deben considerarse, las palabras torpes y licenciosas que profiere. Siendo, pues, la intemperancia origen de tantos pecados, no es de extrañar, que sea tambien la ruina de las virtudes. En efecto, como acabamos de ver, el intemperante no tiene amor para con Dios, ni caridad para con el prójimo, ni humildad, ni modestia, ni pureza. Todas estas virtudes, tan recomendadas por el Evangelio, son desconocidas ó menospreciadas por esos enemigos de la cruz, que, siguiendo los impulsos de un corazon desordenado, solo piensan en satisfacer su apetito, comiendo y bebiendo con exceso, y buscando ansiosamente los manjares y licores, que más halagan los sentidos de un cuerpo enemigo de toda mortificacion.

Hay, en verdad, muchos hombres, que, por razones de decencia, dignidad ó cordura, se abstienen de los monstruosos desórdenes que deploro: pero, en cambio, ¿cuántos y cuántos hay, que, so pretexto de atender á las necesidades de la naturaleza, solo procuran satisfacer su sensualidad? A este fin, búscanse las viandas y sustancias más exquisitas, prepáranse con toda la perfeccion del arte, invéntanse nuevas maneras de halagar y excitar el apetito, y se gastan sumas cuantiosas, para cubrir una mesa de manjares delicadísimos, cuyo precio se emplearía mucho mejor, en socorrer á tantísimos pobres, que perecen de necesidad. Hay otros, que no encuentran nada á su gusto, y se quejan siempre de los manjares que les presentan. Ahora, pues, ¿quién es capaz de reconocer en esos hombres á los discípulos de un Dios crucificado, de un Dios, que apagó su sed con hiel y vinagre? ¿Quién reconocerá en ellos las señales del cristiano, que renuncia á los placeres del siglo para seguir las máximas del Evangelio? Juzgado vosotros mismos, hermanos carísimos. ¡Ah! si para seguir á Jesucristo es necesario crucificar la carne; si para llegar al reino de Dios es menester abrazar las cruces y las mortificaciones, ¿cuál será la suerte de los que viven entregados á los placeres y goces de los sentidos?

No faltará quien diga: ¿Por ventura, no puede cada uno usar de sus propios bienes? Y cuando estos sufragan para obtener las producciones de la naturaleza, destinadas al sustento del hombre ¿no es permitido el uso de esas producciones? ¿Peca quien tal hace? No peca, por cierto, quien usa de los bienes que la divina Providencia ha concedido á los hombres, con tal, que haga de ellos un uso moderado; pero, desde el momento, que el apego á las cosas terrenas nos separa del Criador, entramos en el camino de perdicion. Pues, tal efecto produce en nosotros el amor desordenado á los placeres de la mesa, por-

que distrae nuestro espíritu, embarga nuestro corazón, y nos expone á infringir de mil maneras la ley de Dios. ¿De qué se acusa en el Evangelio al Rico Avariento, sino de haber sido aficionado á los goces del paladar, de haber celebrado banquetes espléndidos? *Epulabatur quotidie splendide*. Sin embargo, esto es lo que muchísimos hombres tienen á vanagloria, sin considerar las tremendas consecuencias que puede acarrearles en la vida futura. Por esto he dicho, poco hace, que la intemperancia pone en gran riesgo la salvación del alma, no solo por los pecados que ocasiona, sino también por lo difícil que es, el corregirse de este vicio.

Con efecto; ¿hánse visto muchos intemperantes, que hayan sacudido el yugo de su pasión? En vano se les hace ver, cuán grande es la fealdad del vicio que les domina, y cuán terribles sus resultados: lo reconocen, lo confiesan, pero, por esto no se enmiendan. Rehusan cuantos remedios se les proponen para extirpar su mala costumbre; se abstienen de los sacramentos, porque saben que, para recibirlos, es necesario enmendarse y huir las ocasiones de pecar; y si postrados á los pies de un confesor, prometen no volver á incurrir en el pecado, lejos de ser constantes en su propósito, sucumben á la primera ocasión que se les presenta.

Concluyamos, hermanos míos, pues, creo haberos dicho lo bastante, para haceros aborrecer un vicio tan indigno de un cristiano y de un hombre cuerdo. Si en algo apreciáis la salvación de vuestra alma, procurad evitarlo á toda costa. Comed y bebed, no para satisfacer los estímulos de la sensualidad, sino para conservar las fuerzas y la salud del cuerpo; siguiendo en esto el consejo de san Agustín, cuando dice, que debemos mirar los alimentos como las medicinas, de las cuales no tomamos más que lo necesario para curar nuestras dolencias. Cuando os veais precisados á tomar parte en algún banquete, procurad evitar todo exceso, comiendo con moderación, y según las necesidades de vuestra naturaleza; á cuyo fin será bueno, que, durante la comida, penseis que estais en la presencia de Dios, ora, considerando que Jesucristo nuestro Señor tuvo que apagar su sed con hiel y vinagre, y que mal se avendría vuestra delicadeza con su vida mortificada; ora, pensando en el hambre y la sed que los condenados padecen en el infierno en castigo de su intemperancia. Por último, después de haber comido, dad gracias á Dios por el beneficio que os ha hecho, dándoos con que satisfacer vuestra hambre; y en todos casos, observad fielmente aquella máxima del grande Apóstol: *Si comeis ó si bebeis, hacedlo todo á gloria de Dios: Sive manducatis, sive bibitis, omnia in Dei gloriam facite* (I Cor. x). De esta manera, tendreis

algún día la felicidad de ser admitidos al banquete eterno, que Dios os prepara en el cielo. Amen.

Véase: GULA y EMBRIAGUEZ.

INTERÉS; véase: CIEGO DE NACIMIENTO.

INUNDACIONES; véase: CARIDAD POR LOS DESASTRES DE UNA INUNDACION; y CALAMIDADES PÚBLICAS.

IRA; véase: CÓLERA.

## INTENCION.

(LA BUENA)

*Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete.*

Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido: no obstante sobre tu palabra echaré la red.

(Luc., v, 5.)

Cierto pescador humilde se encaminó con sus redes á la playa: después de haber perdido el sueño y el reposo, de trabajar y sudar toda la noche, de exponerse á los aires, á las borrascas y á las olas... echó cien veces las redes al mar, y otras tantas las sacó sin pesca alguna. ¿Quién, hermanos míos, no se condele de la suerte de ese pobre Pedro? Sí, cierto, esto da angustia y pena; sin embargo, guardemos esta consideración para nosotros mismos; porque, ¡ay de mí! ¡cuántos son los que, en el proceloso mar del mundo, trabajan mucho y se fatigan más, que sudan, y son el blanco de toda suerte de adversidades, sin que de todo ello les venga provecho alguno? Maneja el rey el cetro, su espada el soldado, el mercader el metro, la aguja el sastre, el escribano su pluma, su libro el estudioso, el la-